

La Última Curva



Art. 67 25 de mayo de 2026

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

“Cuando alguien escucha de verdad”

Reflexiones desde el límite entre lo legal y lo absurdo

Vivimos en la época de la velocidad lo que todo tiene que durar poco. Un titular, un vídeo de treinta segundos, una frase rápida, una emoción instantánea. Consumimos historias como quien cambia de carril sin mirar el retrovisor: de prisa y sin detenernos demasiado en las consecuencias.

Por eso me sorprendió tanto sentarme a hablar durante horas en un podcast. Sin prisas. Sin cronómetros. Sin esa sensación constante de que hay que resumir la vida en veinte segundos porque "si no, la gente se aburre". Y quizá ahí entendí algo importante: escuchar también puede ser una forma de ayudar.

Hace unas semanas tuve la oportunidad de participar en el podcast *“Un Propósito”*, de Kiko Martín, un chaval de 25 añitos preocupado e interesado por los demás. Y más allá de la entrevista, de las preguntas o de mi propia historia, me quedé pensando en algo que cada vez escasea más: la capacidad de escuchar de verdad a otra persona.

No escuchar esperando hablar después. No escuchar buscando el titular más emocional. No escuchar para alimentar el algoritmo. Escuchar de verdad.

Parece una tontería. Pero no lo es.

Porque cuando uno ha vivido determinadas cosas, aprende rápido que mucha gente no sabe qué hacer con el dolor ajeno. Algunos cambian de tema. Otros intentan arreglarte la vida en cinco minutos. Y otros convierten directamente las tragedias en espectáculo emocional de consumo rápido.

Pero hay conversaciones distintas. Conversaciones donde uno no siente que tenga que actuar, ni exagerar, ni disfrazarse de personaje fuerte o ejemplar. Conversaciones donde simplemente puede hablar desde la verdad. Y eso tiene muchísimo valor.

Durante la charla hablamos de pérdidas, de alcohol, de culpa, de carretera, de errores humanos y de segundas oportunidades. Pero en realidad creo que hablamos de algo mucho más universal: de cómo seguir viviendo cuando la vida te rompe los esquemas varias veces.

Porque todos llevamos algo encima. Aunque no se vea.

Hay quien carga duelos. Hay quien carga ansiedad. Hay quien carga soledad. Y hay quien lleva años aparentando estar perfectamente mientras por dentro intenta no derrumbarse.

Quizá por eso este tipo de espacios funcionan. Porque nos recuerdan que detrás de las etiquetas hay personas reales. Imperfectas. Que se equivocan. Que sufren. Que intentan reconstruirse como pueden.

Y ahí creo que está parte del mérito del trabajo de Kiko Martín. En una época donde casi todo compite por llamar la atención gritando más fuerte, él apuesta por algo mucho más difícil: crear conversaciones humanas. Sin artificio.

Eso hoy casi resulta revolucionario.

Porque tal vez necesitamos menos ruido y más escucha. Menos postureo emocional y más verdad. Menos discursos perfectos y más personas atreviéndose a decir "yo también me rompí alguna vez".

Al final uno descubre que hablar no elimina las heridas, pero sí evita que se pudran por dentro.

Y quizá esa sea la reflexión más importante que me llevo de aquella conversación: que compartir el dolor no sirve para mirar atrás, sino para iluminar el camino de alguien que todavía sigue perdido en mitad de la noche.

Porque nunca sabemos quién puede estar escuchando al otro lado.

Y a veces una conversación honesta llega justo cinco minutos antes de que alguien decida rendirse.

Gracias Kiko

Si estos artículos te remueven algo, compártelos. Si te han tocado, que no se queden en eso. Las portadas se olvidan. Las víctimas, no deberían.